


POEMAS

Jorge Galán

La adivinanza

Mi capa es la tiniebla pero mi sombra es luz.
Se haya en mi mano una moneda dispuesta a la limosna
pero mi voz es lo terrible, cuando así lo desea.
Si dijera esto a un niño le preguntaría ¿Quién soy?
Y sería solo una adivinanza y no un enigma y una proclamación.
Mi espalda es el invierno que oscurece a los árboles
pero mi rostro es la blancura de la nieve más fría.
Si hundo mi pie en el fango es tan solo en la hierba que aparece una huella.
Veo, escalones abajo, los incipientes actos de los magos,
y escucho, por encima de mí, las palabras de Dios
en la lengua monumental de sus profetas.



Veo a los ángeles en un palacio interminable
jugando como ínfimos infantes en interminables jardines
y escucho la confesión del viento en los antiguos árboles
y la profecía del mundo en la boca del mar
y revelo la edad de las estrellas a los hombres
y el corazón del hombre a la desolación de los abismos.
El beso de Dios arde en mi frente.
Soy hijo y no puedo ser otra cosa más que hijo.
Los trigales se inclinan a mi paso
y el rey pide consejo y ejecuta conforme lo que digo.
Mi mano es pesada como el hacha de piedra.
Para mis ojos no hay distancia ni tiempo
ni lugar ni cortina ni pared ni secreto.
Sobre mi cabeza los gorriones y las ramas altísimas
y las antiguas torres y el universo mismo.
Bajo mis pies el mundo
y bajo el mundo, los nombres de los muertos.

Si le hablara a los niños, podría preguntarles, fingiendo ser astuto,
¿Saben los nombres de los muertos?
Mi capa es la tiniebla pero mi sombra es luz
y al revelar aquello que en mí se ha revelado me vuelvo yo el misterio.
Mi destino es la hora más postrera del hombre:
La claridad penúltima...
El último silencio.

Race Horse

Para Roxana Elena

Y mira tú, muchacha, de quién viniste a enamorarte,
a quién viniste a amar para toda la vida,
a quién decidiste no olvidar:
es un caballo de carreras, ese muchacho es un caballo de carreras
y corre siempre junto a la barda colmada por espinos
y sus músculos inflamados siempre a punto de reventarse.
¿Quién lo conduce?
Sus estribos son ríos a los cuales muerde para intentar romper.
Sus ojos ven un horizonte de fuego al que no puede dejar de dirigirse.
Sus cascos son de un cristal incorruptible que aniquila a la piedra.
Su crin es el viento azotado por el relámpago.
Una tormenta tiene donde debió tener un breve corazón,
una tormenta a la cual teme incluso el invierno mismo.

Su imaginación es la misma que la de la montaña
y la del grito que corta el silencio de la montaña desolada.

No es de fiar.

¿Quién confiaría su alma a una tormenta?

¿Quién brindaría su piel al cuchillo de fuego
o su voz al silencio de la flauta quebrada por el odio?

Y mira tú, muchacha dulce, te abriste como un cofre
lleno de perlas que parecían brotar de la luz misma
y él ni siquiera pudo notarlo, él es un caballo de carreras
y no le importa ni la ciudad ni el camino que lleva a la ciudad
ni las joyas ni un cuello lleno de joyas ni un cofre lleno de joyas,
solo le importa el bosque y el campo abierto y la playa interminable
pero sobre todo la pista, esa pista de grama, arena y piedra,
y mira tú de quién viniste a enamorarte
a quién quisiste guardar en ti como un corazón nuevo
a quién quisiste abrazar hasta perder los brazos

a quién quisiste mirar hasta cerrar tanto los ojos
que no consigues ya mirar la dicha.
Mira tú, muchacha linda, a quién quisiste amar,
a un obstinado caballo de carreras cuya pista es el mundo.

El muchacho detrás de la ventana

Ahí donde crecí, en ese sitio
bajo el techo de zinc, a la orilla
del río que era una respiración a media noche,
nadie me habló de la primavera,
de las colinas hechizadas como una mujer
tendida sobre la hierba tibia, rodeada de setos
o de arces, colmada por el aroma
de lo bienaventurado, y su falda de diez tonos
y su cabello rojo y azul y sus ojos azules también
y su piel blanca como el perfume de la plata
recién tomada de la piedra.
Nadie me habló tampoco de la nieve
que cae sobre los campos
semejante a un pedazo de pan blanco
desmigajado sobre una sopa.

Nadie me habló ni del marino ni del hada
ni de los nidos que cuelgan
entre el follaje como argollas,
ni de la brisa que, de octubre a diciembre,
hace de las ramas delgadas sus repentinos látigos,
y no puedo decir que hubo necesidad
de hablar sobre estas cosas
pero sí hubo necesidad de hablarme de la muerte,
de esa sombra que cae como una luz extraña,
más densa, casi húmeda, inquebrantable,
inviolada, oscurísima, semejante a la piel del universo,
igual de inmensa y fría, y hubo necesidad
de mencionar el miedo, esa piel más enorme,
y de dónde venían esas viejas campanas,
de qué torres hundidas al final de la niebla,
y todas esas aves que eran solo siluetas:
alas que no son alas, picos que no son picos,

graznidos que se elevan por lenguajes nefastos,
y la sirena, el grito
que emerge de la noche para colmar la noche,
la mano en la garganta, el silencio más tarde...
Sí hubo necesidad pero nadie me dijo ni una sola palabra
de aquello que se ha vuelto cotidiano
y por ello todo lo que aprendí
lo hice a través de lo vivido y lo negado a vivir,
de la visión que se dejó palpar por una mano fría
- *mi propia mano, erizada, repleta de temblor*-,
del olor nauseabundo que se eleva del cuerpo estremecido,
de la sombra, del grito, de la textura del gemido,
del ruido que producen los labios al cerrarse...
Nadie me habló jamás de las cosas lejanas o inmediatas,
hermosas o terribles,
así como tampoco nadie me dijo el nombre
de esas flores pequeñas, casi insignificantes,

que nacen en los viejos tejados de esas casas
donde ya nadie habita...
De pronto pensé en ellas
como pensé en noviembre como pensé en las lluvias
como pensé en el viento colmando los cabellos
de no recuerdo quién...
No importa quién...

Bajo los párpados

El rocío se ha congelado sobre los párpados.

El seco panal abandonado se ha vuelto el badajo de una campana
que tañe sobre las tumbas bañadas de musgo.

No solo la hierba se quiebra,
también los pies que caminan sobre ella.

El frío es hoy un cuello erguido.
Su mentón lo sostiene el orgullo.
La lejanía es un acantilado donde el cielo se arroja a cada instante.
Los edificios son hombres que no muestran el rostro.

Es aún muy temprano en la mañana,
la luz parece bajar de las montañas como una extraña niebla transparente.

¿Qué veo cuando veo el amanecer?

¿Si quiero tocar el día, qué debería de tocar? ¿Con qué mano?

Como unos ojos nuevos, el rocío me muestra lo efímero
convertido en lo duradero:

la superficie del viento que se convierte en la profundidad del abismo,
la semilla insignificante que se convierte en cosecha,
el breve pasillo entre los árboles que se convierte en el inicio
de un camino que ha de rodear al mundo.

Alguien que llegó de repente me dice que no recuerda mi nombre
y yo tampoco podría recordar el suyo.

Ayer vi una a una mujer que había amado y no podía recordar este amor.
Me he vuelto viejo como un jardín que a nadie asombra,
la canción que ayer me emocionaba no consigue volver a emocionarme,
el asombro es una delicia que no baja a mi lengua.

El rocío ha besado mis ojos con su mínima boca hasta extinguirlos.

Ya no veo: presiento.

Mi cuerpo se cae como una capa derruida

y deja mi alma desnuda

y un alma no puede volverse para mirar a nadie, a nada.

¿A dónde debería llegar en mi paseo?

¿Por qué estoy paseando? ¿Hace cuánto lo hago? ¿Acaso fue una invitación?

Y si lo fue ¿por qué camino solo?

Como un hombre está hecho de sus tantas historias,
soy aquello que olvido.

Casi me he abandonado.

Esta lluvia, lo sé, son muchos llantos.

Hay algo emocionante y hermoso que se aloja en mi boca:
viene de mi garganta
o más allá, no sé de dónde más allá.

El rocío se ha congelado sobre mis párpados.

Atrás de mí no sé qué es lo que escucho: si el lamento del viento
o el lamento del mar.

Quizá todo es lo mismo.

Quizá solo por hoy todo es lo mismo,
y aquello que he creído haber vivido, solo está por llegar.

El gran frío

Justo a la orilla del verano ha venido el gran frío.

Sobre las hojas hay escarcha.

Se dice que la helada ha provocado algunos muertos:
al igual que el camino que se perdió al anocheecer,
fueron encontrados al alba.

Se hallaban uno sobre otro,
de la misma forma que, bajo el suelo más nuevo,
puede hallarse una civilización sobre otra civilización,
un vestigio antiguo sobre otro más antiguo,
como si el pasado y la nada solo pudiesen descansar
sobre el pasado y la nada.

Y pese a tanta mortandad, no hubo una sola lágrima.

¿Quién podría llorar por quienes mucho antes
ya eran rostros sin gestos,
cuerpos abandonados por sus almas, sombras diseminadas
a través de una acera y otra acera, pestilencias

desde donde emanaba esa otra niebla más profunda que todas?
Intentaron salvarse pero se dice que no supieron cómo.
Las hojas del periódico no son un edredón y ningún puente
ha servido jamás como un hogar.
Confiraron su vida a la fogata insignificante, pero nadie
debería confiar su vida al fuego.
Y pese a todo esto, una mano invisible
ha guiado a las palomas a un resguardo.
El hombre hace mucho ha olvidado sus instintos
como el lobo que nació y creció en la ciudad y se olvida del bosque
aún cuando la rama y la hierba y el fruto del castaño
fueron su propia sangre en el principio.
Nos hemos olvidado de todo lo que fuimos. El pasado se aleja.
Su horizonte camina tras nosotros
como el ruido cansado de una sombra:
pisadas que no escucho, canto que no comprendo como canto,
hoja seca que no distingo del resto de hojas secas.

La dulce señora en la plaza

Es la tercera vez que lo veo morir
supongo que debe ser el mismo
pues su rostro era igual: sin ojos y sin boca.
Su cabello era negro y su olor como el mío:
agrio, pesado, de metal.
No gritó,
o si gritó, no distinguí su grito,
un instante en un siglo,
un aliento del sur contra la tempestad del norte.
Y puesto que era igual a los demás, a los muertos de ayer,
sin duda será semejante a los muertos de mañana,
y siendo así es como si nadie existiese:
un árbol que cae que le sigue a otro árbol que cae
en el interminable bosque, pero ¿en verdad es interminable?
¿Posee un nombre cada uno? ¿Un nombre distinto? ¿Un alma

que lo separe de las otras?

¿Acaso la muerte solo vale para lo individual?

¿El dolor y la memoria para lo único?

No todos los llantos vale la pena llorarlos,

eso se me ha enseñado y eso enseño.

El filo de la piedra vale más que la piedra misma,

la orilla del mar que el mar entero.

Soy una sombra que penetra la sombra.

Soy un eco en el eco.

He visto un muerto hoy y mañana quizá veré otro muerto.

Estoy tranquila. En paz. Enferma pero sana.

Esto es así. Este es mi paraíso.

Este es mi cielo.

La fiesta

El velo de ella era de seda, casi como su piel,
y todos estaban invitados y nadie le era desconocido.
Él era un rey casi divino de corbatín y saco
y cuando bailaron la música se extinguió en sus pies.
La noche empezaba en los labios llenos de júbilo, desbordados
por palabras jamás antes dichas con tan grande alegría.
Y todo parecía genuino. Y la música era hermosa como otra novia.
Y la novia era feliz como una niña que abre sus regalos fabulosos
en la noche de navidad a la vista de los ansiosos padres.
Lo luminoso habitaba en esa casa llena de flores.
Y en medio de aquel ir y venir ¿quién se hubiera atrevido a pensar
que aquella celebración era solo la víspera para un día sombrío?
¿Quién se hubiera atrevido a imaginar el rastro del esposo en la calle,
la sangre como los puntos suspensivos de una frase sin terminar?
¿Quién hubiese podido verle caminar hasta volverse una silueta?

¿Quién se hubiera atrevido a presentir a esa mujer en la ventana
como una novia oscura con su velo de sombra?
¿Quién hubiera podido pensar que tres hijos varones cerrarían sus ojos?
Nadie nadie nadie estaba en capacidad de presentir o mirar o conocer
y por ello todos bailaron, comieron y brindaron,
y aquella pequeña fiesta bulliciosa permaneció tendida sobre el mundo
toda esa enorme noche que duró doce años.
Cuando la mañana dio paso a la verdad implacable del día,
la luz pudo caminar de puntillas
sobre un rojo horizonte de inclinadas cabezas.
Y todo había bastado. Y en las copas
y los vasos y los platos vacíos
no había restos de nada. Sábanas blancas cubrían a los novios.
Y el frío deambulaba entre todos los huéspedes
como un fantasma blanco.

Los trenes en la niebla

Los trenes salían de la niebla. Me dejaban atrás. Yo era su pasado más inmediato. Entonces vivía al final o al inicio de lo que llamábamos horizonte y veía subir y bajar a tantos que aprendí a saber quiénes no iban a volver más. No puedo decir que se los veía en los ojos ni que algo les cubría pero aprendí a distinguirlos como se distinguen los vivos de los muertos, cuando el frío hace que no nos queden dudas. Sé que nací un noviembre en una época donde aún existían las cartas de amor. Ese día era otoño en alguna parte, pero acá era invierno con lluvias. Yo sé que a nadie interesan estas cosas, pero ese año, el último día de diciembre, a medianoche, mi madre y la familia de mi madre esperaron en el patio trasero, sentados a la mesa, la caída del tiempo de los hombres. Pero nada pasó, les habían mentido, las escrituras no cumplieron su promesa, ni una figura emergió de las nubes ni se escuchó campana alguna ni trompeta.

Decepcionados, caminaron a través de una línea de tren hacia la oscuridad.
Sus rostros eran la tristeza, poco les quedaba, alguien, nunca
se dijo quién, dio fuego a la iglesia y esta ardió hasta el amanecer,
se consumió hasta volverse una breve memoria y nos e le volvió a levantar
y yo crecí como una pupila que se acostumbra a la sombra.
Era un chico cuando escuché el primer silbato
y hacía mucho que no era más un hombre cuando vino a mí el último
y era tan semejante al primero que podría creer que era el mismo.
Y entre el primero y el último, un instante, un aliento del mundo.
Una vez vi un hombre que venía de la nieve, era oscuro
como aquello que la luna no puede afectar con su magia en el fondo del mar.
Fue él quien me habló de los enormes hielos que se paseaban
sobre la superficie de las aguas como ciudades muertas sobre una pupila,
hielos como planetas en el desierto de lo inconmensurable.
Puedo decir que sus manos eran frías y gruesas y lo mismo podría
decir sobre sus ojos y quizá sobre su alma: he probado la carne del lobo
y del zorro y del hombre, me aseguró. El Ártico es una selva blanca,

la vida ahí no es un cuento que alguien narra en un bar, ahí el filo brumoso de un cuchillo, ese brillo, hace la diferencia entre el ahora y el después. Un día, una mujer vino del mar. Entonces del mar no sabía más que historias de asombrados viajeros, desconocía la lengua de las palmeras o el crujido de la madera de los muelles, pero ella me cubrió por completo, su rostro era una ola sobre la arena gruesa y gris, bajo su mano suave como una nube, mi mano se hundió como un albatros que cae después de mil días de viaje para morir bajo las aguas, entre las serpientes y los extraños tiburones, y todo yo me sumergí y ella me aseguró que sus palabras, tan suaves en mi oído, eran como el canto de las ballenas y no debía temer, que la tormenta nunca temió del mar, y no temí y por tres meses un aliento salado me recorrió todo mi cuerpo, y cuando, llegado otra vez el tiempo de las lluvias, ella no miró atrás su espalda adquirió la forma de una raya y yo la vi perderse hacia el sur tempestuoso sin atreverme a nada, sin saltar hacia ese acantilado que se abría ante mí como un cielo distinto, sin emitir un leve susurro emocionado.

Y todo pasó y las estaciones del mundo cambiaron una y otra vez y otra y otra.
Marzo tenía olor a mandarinas y diciembre a manzanas frescas.
Envejecí una tarde cuando el temblor de una mano me impidió repartir unas cartas.
Una noche alguien me preguntó mi nombre y lo había usado tan poco que no le recordé, entonces, luego de vender el último billete del día, salí y bebí y volví a beber y bebí tanto y luego dormí tanto que al despertar nada era ya lo mismo dentro mí. Todo había quedado atrás hacía demasiado tiempo: la madre y la familia de la madre se habían detenido en alguna parte que yo no conocía. Una sola taza había en la alacena, una sola cama, una sola silla, un cepillo de dientes en el baño de una casa de madera sin pintar, visitada por los mosquitos y las voces de unos que ya no estaban ahí pero que insistían, llegada la noche, en conversar sobre tiempos antiguos donde existí sin existir. Hacía tanto que para alguien que ni si siquiera sospechaba yo también era solo una figura que cada madrugada salía de la niebla. Y lo sabía todo, lo había comprendido. Jamás había tomado el tren hacia las montañas ni hacia el mar ni hacia ningún país vecino ni hacia ninguna parte.

Esa mañana no quise volver más y ya no volví más a ningún sitio.
Desde entonces ya no recuerdo ni sé mucho, y no posea más que una única certeza:
que como yo, todos aquellos trenes también salían de la niebla.